

noche, caminando lentamente, bajo un cielo de intenso azul, cuajado de estrellas, escuchando el himno de las hojas y del agua, todos los rumores de la vida nocturna.

LIBRO SEGUNDO

UN CRIMEN DE AMOR

I

Juan Dayel era hijo del pueblo. Parisiense, y de despejada inteligencia, no bien se abrieron los ojos de su alma y pudo escuchar en torno á sí, cada suceso, cada alegría, cada dolor, resonaron en él, y se tradujeron en su mente, por interiores cánticos, y por la afición al mismo tiempo á las manifestaciones sentimentales del alma popular, tan fácilmente impresionable.

Su padre era cerrajero, establecido en una callejuela próxima á San Pablo. Salido de la escuela, había aprendido el oficio paterno, pero cultivando al mismo tiempo la música, que absorbía con pasión sus horas de asueto.

Ocultamente, preparó su examen de ingreso en el Conservatorio, soñando éxitos inauditos, bien que repetidos ejemplos le hubiesen prevenido acerca de las decepciones que esperan á los futuros artistas. Admitido en el concurso, entró con buen número en aquel plantel, y obtuvo así un primer triunfo cuyo anuncio repentino le evitó muchas luchas de familia. En tal grado entusiasmó aquel éxito á sus padres, que le emanciparon del trabajo manual por el que siempre había sentido repugnancia, á pesar de su aparente docilidad.

Por lo demás, Juan Dayel poseía una de esas almas tiernas en que se reúne toda la sensibilidad de que carecen las personas rudas, los pobres y los mediocres, todos los seres, en fin, faltos de refinamiento exterior ó abrumados por trabajos ingratos, vicios ó miserias.

Dayel era soñador, amable y estudioso; delicado en sus gustos, mantúvose siempre lejos de turbulentos compadrazgos, sin orgullo, que, por otra parte, nada hubiera entonces justificado.

Todas las sensaciones tenían en él ecos, cuyo recuerdo pasó más adelante á sus composiciones que, entusiastas, lastimeras, ó tiernamente amorosas, habían de expresar toda la nostalgia lática en el corazón de la muchedumbre. Salió del Conservatorio con un premio en composición, laureado en armonía y hecho un buen instrumentista.

Arrastró durante meses la vida del músico pobre, conoció las largas caminatas á través de París, en busca de lecciones mal pagadas, tocó por las noches, figuró en las orquestas de los teatros de barrio, copió música para los editores, siguió en largos giros á empresarios aventureros, peregrinando de pueblo en pueblo, de los teatros de provincia á los casinos de los balnearios y del extranjero.

Conoció el bien pasar relativo, alternando con la miseria y las decepciones y esta vida errante no le disgustaba: el cambio de espectáculo, los viajes, encantaban á su lozano espíritu. Bohemio de corazón, sacaba alegre partido de las peores malandanzas, se reía de las decepciones, y á través de todas sus peripecias, seguía cantando la vida, según la cosa triste ó alegre que le presentaba, cuando la inspiración llamaba á su puerta.

En los veintisiete años frisaba, cuando hecho director de orquesta, tuvo lugar de entregarse al trabajo y hacer cantar sus romanzas. Se hizo pronto un nombre, y compuso valeses que se tocaron por doquier y de los salones pasaron á las calles. Estrenó con éxito una opereta. Y una canción patriótica hecha sobre la letra de un ramplón desconocido, acabó de asegurar su popularidad. De pueblo en pueblo, de éxito en éxito, *El Veterano* dió la vuelta á Francia, asentando la fama del músico, tanto más cuanto que en aquella época todas las miradas se

fijaban en un soldado, un rey de las calles, y parecía florecer en las almas francesas un espíritu guerrero, una esperanza de revancha. Siguiéron marchas guerreras de un espíritu más amplio. Juan Dayel tenía casi tanta celebridad como hoy: y vivía de ella hermosamente.

Por lo demás poseía en el más alto grado esa sincera ternura que conmueve á las muchedumbres. Su mayor placer sobre todo en los comienzos de su triunfo, cuando aun tenía que luchar para imponerse, era recorrer los barrios populosos en las tardes de los días serenos y oír sus canciones á los cantantes callejeros. Gozaba en mezclarse en el círculo que se forma en torno de estos modernos aedos, y aunque en sus oídos chocasen de cuando en cuando disonancias, olvidaba bien pronto las desafinaciones de la quejumbrosa guitarra, para mecerse deliciosamente en los motivos y los versos que coreaban las chicuelas y las ahiladas y gráciles muchachas parisienses, visiblemente emocionadas por una melancolía de que él era el creador.

En el ambiente pobre de las calles de arrabal emprendía con fruición paseos sin fin, en medio del bullicio, en la hora alegre en que, terminado el trabajo, y libres hasta el día siguiente, afluían los obreros, y las hijas del pueblo, alegres y jacarandosas, por grupos ó solas, pasaban apresuradas, dirigiéndose á la cita.

¿No era él quien hacía descender á todos los desheredados un poco de ideal, sencillamente expresado? ¿No era él un jardinero bienhechor que hacía abrirse flores de alegría en las almas que sufrían? Á veces, sentíase Dayel verdaderamente orgulloso, de toda aquella felicidad que él creaba: y se enternecía él mismo al oír resonar en tantas cabezas sus estrofas, que sintetizaban todo el ideal, todas las aspiraciones, todos los amores de los humildes.

Los paisajes parisienses, las altas casas, ensombrecidas ó soleadas á trozos, los gritos de los vendedores, el estrépito que conmovía el pavimento, todo se desvanecía en la mente de las gentes, cuando los cantores ambulantes, fijándose en una esquina, detenían con unos cuantos acordes á los hombres y mujeres que pasaban.

Las hojillas de papel, de defectuosa litografía, entre gráciles manos y por grupos de amigas, eran seguidas línea tras línea, para aprender la canción que luego se repetiría largo tiempo en la casa y en el taller. Á veces brotaría de ella un recuerdo amoroso; á veces una penilla del corazón hallaría consuelo y arrullo en la melodía.

Gozaba en estudiar el mágico efecto de las frases tiernas y de los motivos musicales en las fisonomías absorbidas por la atención, en las que leía dulces emociones, tiernas inquietudes, fantaseos

de amor; y de todo aquel ensueño él era el inspirador, el bienhechor intérprete.

Era su propia alma la que se reflejaba en todas aquellas almas, por su canto de ruisenior popular; con sus notas difundía la felicidad á través de París, á través de la Francia.

Con frecuencia, había tomado á una de aquellas muchachas y á su unión con ella, había llevado, á pesar de su indiferencia de artista y de hombre laborioso, su inmensa sensibilidad de una hora que le hacía impresionable á la menor emoción.

Aquellas canciones las había vivido, como había sentido igualmente, en los días de gran revista, el soplo guerrero de sus marchas al paso de los regimientos entre las aclamaciones.

Rubio y delicado, de mediana estatura, de ojos melados en que se reflejaba un perpetuo ensueño, elegante y bien parecido, había gozado de muy envidiables favores, en las andanzas de sus viajes, según sus sucesivas peripecias de músico pobre y de autor aplaudido y querido del público.

El encanto y los fugitivos pesares de tales aventuras habíalas sabido reflejar Dayel en sus composiciones. Sus canciones fueron alternativamente melancólicas y brumosas, radiantes y florecientes, llenas de desencanto ó de voluptuosidad, según las mujeres, los paisajes, el medio ambiente que las inspirara.

Sus placeres, sus emociones tiernas, sus decepciones amorosas, sus tristezas, las trasformó en melodías, con frecuencia encantadoras, á pesar de las trivialidades que se complacia en cantar. Aquel encanto, aquellas notas acariciadoras, que expresaban aventuras para todos comprensibles y de las cuales el más sencillo espíritu sentía en sí los ecos enternecidos, fueron las causas de su popularidad. Por otra parte, lo sincero de su inspiración, la originalidad que á veces revelaba, su fresca fecundidad, exenta de reminiscencias, le valieron el aprecio de los más viejos, mientras que la exuberante ternura de los motivos, le atraía las mujeres, que, amándole sin conocerle, gozaban en oírle á través de sus obras.

Por lo demás, Juan era un tipo simpático: era dulce su voz, dulce la mirada de sus ojos pardos, rasgados, entrevelados á veces por pasajera timidez, pronto desvanecida. Desde muy temprano, la vida se le había ofrecido como una mujer que goza en que tomen de ella cuanto puede dar.